

Apuntes de la Asamblea de Julián Carrón
con los estudiantes de Gioventù Studentesca que han terminado la escuela
Milán, 24 mayo 2013

CANTOS

Negra sombra

Parsifal (Canción del ideal)

Alberto Bonfanti. Buenas tardes. En primer lugar, quiero saludar a todos los aquí presentes en el Aula Magna, a todos los que estáis conectados desde otros puntos de Italia y desde el extranjero (Lituania, Portugal, España e Irlanda). Leyendo las contribuciones que habéis enviado para este encuentro, y también estando con vosotros, he sido cada vez más consciente de lo que hace tres años decías, Julián, a los chavales que habían terminado la escuela, y que está recogido en el texto “*La voz única del ideal*”, sobre el que hemos trabajado para preparar este encuentro. Margherita dice: «He vuelto a respirar al darme cuenta de que soy criatura, y no artífice». O Giulia: «Creo que la elección de la carrera universitaria lleva dentro de sí la pregunta: ¿quién soy yo?». Estamos aquí esta tarde, como decías hace tres años, para no bloquear esta pregunta, para no bloquear la voz única del ideal. De hecho, tenemos siempre la tentación de bloquear la implicación de conocimiento que tiene esta pregunta: ¿quién soy yo? ¿Para qué estoy en el mundo? Normalmente tenemos la tentación de reducirla a esta otra pregunta: ¿qué debo hacer? Esta pregunta, a diferencia de la primera, que genera curiosidad, iniciativa, pasión, produce con frecuencia ansiedad, angustia. Y por eso le damos las gracias a nuestro amigo Julián Carrón que, al venir aquí, quiere ayudarnos a hacer un fascinante trabajo personal ante esta encrucijada – por usar una expresión que él ha usado con nosotros en el Triduo pascual – importante para vuestra vida.

Esta es mi pregunta: el trabajo arduo que caracteriza estos últimos meses de escuela, ¿puede generar algo positivo? ¿Por dónde se empieza? ¿Cómo se puede llegar, dentro de este esfuerzo, a mirar a todos, desde los amigos a los padres, pasando por los compañeros de escuela, no como un obstáculo al estudio, sino como una ayuda para poseer cada vez más una alegría y un gozo ya experimentado, sin dejarse llevar por el malestar y por el automatismo a la hora de hacer las cosas?

Julián Carrón. El problema aquí no es tener miedo de equivocarse. Es mejor – nos ha dicho el Papa – una Iglesia “accidentada” que una Iglesia encerrada. Tenemos que empezar a seguirle: es mejor equivocarse arriesgando, porque así llegaremos a ser más conscientes de la respuesta. ¿Por dónde empezarías tú? ¿Por qué se plantea esta pregunta? ¿De dónde podemos sacar luz, en nuestra experiencia, para responder a esta pregunta cuando, como dices tú, te supera el trabajo que tienes que hacer y no ves lo positivo?

Tengo que partir de este trabajo porque el hecho de que haya surgido ya es signo de que no me pudo detener en él. En realidad, he hecho esta pregunta porque no consigo conformarme.

En la misma fatiga empezamos a percibir algo positivo: que no puedo conformarme. Pero esto, ¿tiene como única consecuencia posible ponerse en tensión, apretar los dientes y afrontar de forma voluntarista las dificultades, o bien existe otra modalidad? Porque todo se juega aquí. Muchas veces, cuando la gente me dice: «Todo está oscuro, no consigo ver nada», yo siempre les desafío. Ahora te reto a ti: cuando miras la oscuridad en serio, hasta el fondo, ¿puedes afirmar que todo es oscuridad, que todo es fatiga?

No.

No sé cómo, pero todos dicen siempre que no. ¿Y por qué no?

Puedo decir que no por todo lo que he vivido.

Es decir, hay algo que nos impide cerrarnos y ahogarnos en el búnker de nuestra oscuridad, porque no existe solamente la oscuridad. Y entonces, la cuestión es si nosotros, a partir de esta experiencia elemental que hacemos, comenzamos un camino, porque la alternativa es muy sencilla, amigos: o la vida es sólo oscuridad, es sólo fatiga, es sólo asfixia – y entonces no hay nada que hacer: sencillamente, tenemos que soportarla de forma moralista, sufrirla, y la única cuestión es ver quién es más capaz de soportar, pero sin ningún interés –, o hay algo que todavía es posible descubrir. He estado hace poco en Moscú para encontrarme con nuestros amigos, y al hilo de una conversación con algunos de ellos que estaban sentados en mi mesa, se me ocurrió empezar el encuentro con la famosa frase de Shakespeare que muchos de vosotros conocéis: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que las soñadas por tu filosofía» (*Hamlet*, acto I, escena V). Es decir, a veces por la fatiga, a veces por pereza, a veces por una falta de compromiso serio con la realidad, nos detenemos; como si lo que vemos fuese todo, como si sólo existiese esa realidad que vemos a través del ojo de la cerradura, y entonces parece asfixiante. Esto es lo que nos dice Shakespeare con su genialidad – y muchas veces lo habéis experimentado también vosotros en vuestra piel –. Entonces, la cuestión es si nosotros empezamos a vivir la realidad con esta certeza: que hay más realidades en el cielo y la tierra que las que hay en nuestra filosofía, es decir, en nuestro modo de concebir la realidad. Se necesita una educación para entrar en la realidad, que es mucho más grande que lo que en este instante consigo ver. Me sorprendía una de las frases que ha leído Albertino: «He vuelto a respirar [no porque le ha tocado la lotería, no porque ha ganado una vuelta al mundo, sino] al darme cuenta de que soy criatura, y no artífice». Al descubrir algo sobre mí o sobre la realidad empiezo a respirar; no es que antes no fuese criatura, pero no lo había descubierto. Participar en la aventura de descubrir la realidad, de descubrirnos a nosotros mismos, es lo que posibilita poder empezar a respirar, a ver lo positivo. Pero esto implica que nosotros debemos partir de la afirmación de Shakespeare: que hay más realidad que lo que yo consigo ver, que debo abrir de par en par los ojos, que debo abrirme, que debo estar disponible a entrar en la realidad esperando eso que todavía no sé. ¿Es que alguno de nosotros puede decir seriamente que ya conoce todo? ¿Lo ves? Ni siquiera a ti te convence. ¿Quién puede decirlo? Sólo alguien que no se dé cuenta de lo que está diciendo. Quiere decir que hay más realidades en el cielo y la tierra que las que nosotros vemos habitualmente. Uno de los puntos decisivos de mi camino humano fue precisamente este: yo, al igual que vosotros – por eso entiendo fenomenal la pregunta –,

lo que percibía como objeción, en un momento dado empecé a percibirlo como una ocasión para descubrir algo, para descubrirme a mí mismo, para descubrir la realidad, para descubrir la persona que tengo ante mí, para descubrir el valor de una asignatura. Y entonces, en el momento en que comienza esta aventura, uno empieza encontrar cosas interesantes que sostienen el camino, que hacen razonable la fatiga; más aún, uno que quiere participar en la aventura, no quiere ser sustituido por ningún otro, y eso le hace estar cada vez más “eufórico”. Pero muchas veces, como al principio no lo vemos porque nos parece que todo está oscuro, prevalece la fatiga. Ayer leía una cosa que decía don Giussani – uno no deja nunca de aprender en la vida –: a veces el Misterio nos llama a través de circunstancias sombrías, oscuras, opacas, volubles (cf. *El sentido religioso*, p. 195), y no sabe por qué. Pero justamente a través de ellas, el Misterio nos lleva a descubrir algo para hacernos respirar. Tratad de pensar cuántas veces en vuestra vida creíais que todo estaba oscuro y cerrado, que no había nada que hacer, que la vida no valía la pena, que todo había terminado; y cuántas veces, en cuanto pasaba la niebla y volvía el sol, volvíais a ver la realidad con toda su transparencia, con toda esa plenitud de sentido que antes os parecía imposible. Entonces, la cuestión es no dejar que esto nos afecte y, leales a ese deseo de plenitud que encontramos en nosotros, incluso en la fatiga, participar en esta aventura del conocimiento que nos permite descubrir cada vez más las cosas. Porque, en realidad, aprender a vivir es una educación, es una educación para entrar en relación con la realidad, porque todas las circunstancias en las que vivimos ahora (vosotros las vuestras, igual que los adultos las suyas) os entrenan para comprender que cuando creéis haber descubierto el universo, en realidad lo mejor está por llegar. Y para descubrirlo es necesario participar, implicarse. Por eso siempre os digo: esta es una aventura para gente audaz, para gente que no se conforma con menos de toda la plenitud a la que la realidad le invita. Gracias, amiga.

A comienzos de año nació en mí la pasión por la medicina, y entonces me puse a preparar el examen de ingreso en el que se pide química, física y biología, asignaturas que no estudio en el liceo; empecé a estudiar muchísimo en esta dirección, más aún cuando habían anticipado el examen a julio. Y aquí surge el problema: tengo miedo de que este estudio sea inútil porque me quita muchísimo tiempo, y veo que muchas veces es un peso; he dejado de estudiar para el examen y esto me ha hecho sentirme más libre. Entonces me pregunto: ¿cómo puedo entender si mi pasión por la medicina es sólo una construcción mía o algo verdadero? Es decir, ¿cómo puedo entender si lo que sigo es la voz del ideal o sólo una idea mía o una ideología?

¿Qué es lo que nos hemos dicho durante todo este año? Que precisamente ante las dificultades se ve si algo es verdadero o no. Tú tienes una pasión, sorprendes en ti una pasión. ¿Cómo sabes si es verdadera o es sólo una construcción mental? Es verdadera si te implica hasta el punto de hacerte capaz de sacrificio para conseguir lo que quieres, si la amas tanto que estás dispuesto a comprometerte. Si tú quisieras participar en las Olimpiadas, ¿cómo podrías reconocer si es una construcción tuya o si es verdaderamente algo que te importa? Puedes saberlo si estás dispuesto también a hacer todos los sacrificios que implica el período de entrenamiento duro, que no es como tomarse un café con los amigos; las personas que van a las Olimpiadas necesitan meses

de entrenamiento. En cambio, una construcción mental no dura, porque le falta el fundamento y la razón adecuada para durar. ¿Entiendes? Uno que no estudia no tiene altibajos, sólo está abajo; el que estudia puede tener momentos de cansancio y puede tener momentos de exaltación: «¡Mira lo que he descubierto!». Todos los que han calentado mínimamente la silla (porque algunos que no estudian ni siquiera dan tiempo a que la silla se caliente) lo saben: hay momentos en los que se ve enseguida el fruto, y otros en los que no se ve nada. Por eso uno debe tener claro el motivo por el que estudia, si merece la pena o no hacerlo. Y ahí tú descubres verdaderamente si tu pasión es una forma de hablar o es verdadera. ¿Y cuál es el criterio de la verdad? Si dura en el tiempo. Una amistad es verdadera si no dura sólo una primavera, sino si perdura en el tiempo; una pasión es verdadera si se mantiene en el tiempo; un amor es verdadero si se mantiene en el tiempo; el amor de tu madre es verdadero porque perdura en el tiempo. ¿Me explico? De este modo, tú descubres que esto es algo que el Misterio te ha dado como inclinación. Te ha dado esta pasión, y esta pasión te sostiene en el camino. ¿Me explico? Eso quiere decir que tenemos ya en nuestra experiencia los criterios para saberlo. Muchas personas dicen: «Yo de mayor quiero ser esto y lo otro». Lo piensan durante dos minutos y luego... desaparece. Después cambian y quieren hacer otra cosa, y después otra; se ve perfectamente que son hipótesis sin consistencia. En cambio otros persisten, encuentran una energía, y te dan ganas de decir: pero, ¿de dónde nace esta energía, quién se la da? Es como si uno se sorprendiese con una capacidad, con una pasión tan grande por lo que quiere que fuera ella misma la que le sostiene en la fatiga: «Ah, entonces es esto lo que quiero hacer». Es sorprendiéndolo en la experiencia como tú lo reconoces. A todos se nos ocurren muchas ideas y sugerencias en la relación con la realidad. A uno le gusta un momento de una clase y dice: «Cómo me gustaría esto»; otro ve una película y dice: «Cómo me gustaría hacer esto»; otro ve un partido: «Me gustaría jugar al fútbol». Todos experimentamos impactos, pero después es necesario someter esto a la verificación de la vida, en el paso del tiempo. Ahí es donde se ve lo que es consistente y lo que es pasajero. Descubres qué es lo que tiene fundamento dentro de tu experiencia. Una pasión es verdadera porque dura.

¿Y si el año que viene me matriculo en la facultad, y veo que esto decae? Es decir, tal vez la pasión que he tenido hasta ahí...

Pero la cuestión es: ¿qué significa que decae? Porque cualquier cosa que empieces a estudiar habrá momentos en los que decaiga, ¿entiendes? No podéis pensar..., no estáis en primero de primaria, habéis recorrido ya un tramo del camino, y habéis visto que hay momentos en los que se decae. También es necesario ver qué consistencia tiene este decaimiento. Uno se da cuenta de que hay momentos en los que está desanimado, cansado; pero eso no quiere decir poner en tela de juicio lo que quiero hacer. A veces uno puede, en un momento dado, darse cuenta: «A lo mejor no es esto». Muy bien, pero debe llenarse de razones antes de cambiar de camino, porque en caso contrario, si a cada idea que se nos pasa por la cabeza cambiamos de camino, no hemos avanzado dos metros y ya hemos cambiado de nuevo; esto no construye nada. Por eso es importante que ahora empecéis a considerar, mirando vuestra experiencia, qué es lo que os ha impactado, qué os ha sostenido, para qué estáis dotados; no llegáis el examen de selectividad sin haber recorrido un camino, no tenéis que lanzar una moneda al aire para

decidir entre Matemáticas o Magisterio. No, ya habéis hecho un largo recorrido en el que habéis visto muchos signos. Por eso, lo que estudiamos en la Escuela de comunidad también sirve aquí: convivencia en el tiempo y atención a los signos – dice don Giussani en *Los orígenes de la pretensión cristiana* – para llegar a la certeza sobre algo. Convivencia contigo mismo, con el estudio, con las asignaturas que has estudiado; y atención al hecho de que no todo te ha gustado de igual modo, de que no todo ha suscitado el mismo interés, de que no estás igualmente dotado para todo. ¿Me explico? Esto quiere decir que tenéis ya una serie de indicios que no os habéis inventado, que han resistido con el tiempo. Empezad por ahí, para que no os determine lo último que se os ha pasado por la cabeza. Es necesario que os deis razones que resistan incluso cuando pasáis por momentos en los que las cosas no os resultan tan claras. Pero yo, ¿por qué estoy aquí? Estoy aquí porque antes he visto esto, esto y esto, y he llegado a este punto. Luego siempre puede llegar la nube, la niebla, el momento de dificultad, como nos pasa a todos. Pero esto no pone en tela de juicio la cantidad de signos que te han llevado hasta ahí. Por eso digo: convivencia en el tiempo y atención a todos los signos que han aparecido a lo largo del camino (que son más numerosos de lo que nos damos cuenta, porque a veces vivimos sin esta atención a los signos que la vida nos ha dado, tenéis muchos entre vuestras manos).

Soy nieto de un futbolista, y yo también quería ser futbolista...

¿Tú también? ¡Tradición familiar!

Pero por problemas físicos que han surgido ya no puedo serlo. Ahora no sé qué elegir. Adherirme a las circunstancias inevitables, ¿no es una reducción de mi libertad?

Depende de qué entiendas tú por libertad. ¿Qué es la libertad? Responder a las preguntas es más difícil que ser futbolista.

Lo que me hace libre es lo que responde a mi deseo de felicidad.

¡Perfecto! Entonces empieza por ahí, empieza a ver qué es lo que responde a tu deseo de felicidad, porque es ahí donde tú podrás empezar a abrir el horizonte y descubrir qué te hace libre. ¿Estás completamente seguro de que, al haberte sucedido esta circunstancia inevitable, ya no es posible para ti alcanzar la felicidad?

No.

¿Lo ves? «Hay más realidades en el cielo y en la tierra que en nuestra filosofía». Con frecuencia nos bloqueamos y pensamos: como me ha sucedido esta situación inevitable, entonces ya no puedo alcanzar esa felicidad que deseo. La cuestión es que pueda llegar ahí de algún modo, según un camino, según un recorrido, según un designio que no es el mío. Si nos bloqueamos en ese punto y pensamos que, como se ha cerrado una puerta, somos prisioneros de un búnker, entonces empezamos a ahogarnos. Pero tú, ¿estás completamente seguro de que ser futbolista habría sido el camino de la felicidad?

No.

Ni siquiera eso. Ni aunque se realizase lo que habíamos soñado podríamos estar seguros. Por eso, la cuestión es si empezamos a entrar en la vida con esta apertura, abiertos de par en par para ver de qué modo nos sorprende el Misterio a través de un camino que nunca habíamos imaginado ni diseñado, pero que nos puede llevar a la felicidad de un modo que todavía no conocemos. La tentación es pensar que, como no

lo conocemos, como ni siquiera podemos vislumbrarlo como forma y como recorrido, entonces no es posible. Pero esto no es verdad.

La circunstancia inevitable te indica una cosa clara: por aquí no puedes pasar. Pero esto no quiere decir que cierre el resto de posibilidades. Y si tú decides entrar por ahí, entonces te darás de cabeza contra el muro.

Si lo que me hace libre me hace feliz, ¿entonces mi libertad está únicamente en adherirme a la realidad? Es decir, y no querría que fuese un discurso tal vez demasiado filosófico, yo digo: si lo que quiero hacer tal vez no puedo hacerlo, y mi camino ha sido ya de algún modo no elegido por mí, entonces, ¿soy libre sólo si me adhiero o no me adhiero a lo que propone la realidad? ¿Mi libertad consiste sólo en esto?

No. Tu libertad es siempre una posibilidad de elegir. Muchas veces has elegido cosas distintas, ¿y por eso has alcanzado esa felicidad?

Depende, no siempre.

Depende, estupendo. Depende. La libertad no es sólo la capacidad de elección, porque a veces has elegido cosas que no te han llevado a ningún sitio, como todos nosotros; no es que tú seas una excepción y que todos los demás hayamos acertado siempre. ¡Todos hemos metido la pata un montón de veces! La cuestión, entonces, no es tanto – como dices – la capacidad de elegir. Es cierto, yo deseo tener la capacidad de elegir para poder adherirme a la cosa justa cuando la encuentro. Por eso no es tanto la hipótesis que se ha cerrado, ¡sino estar tan abierto, tan atento a la realidad que cuando encuentres la hipótesis justa te puedas adherir! Porque no decido yo lo que me hace feliz, ni tú, porque muchas veces tú has decidido, has elegido, que es lo que, en tu opinión, te habría hecho feliz, y sin embargo no te ha hecho feliz, todos lo sabemos. No es que nosotros, porque podamos elegir con más empeño una cosa, alcancemos lo que deseamos; muchas veces lo hemos elegido, hemos decidido por ello con empeño, con toda nuestra energía, hemos luchado contra todo y contra todos, y luego nos hemos encontrado con la nada entre las manos. Entonces la libertad, como me decía una universitaria, no es sólo la capacidad de elegir, porque incluso cuando puedo elegir muchas veces no alcanzo lo que deseo. La libertad la sorprende en mí cuando percibo una plenitud a la que me adhiero, y que me hace estar contento. La verdadera cuestión es descubrir esto. Y entonces, cuando lo tienes ante ti, decides si quieres adherirte a lo que te hace feliz o bien a otra cosa que no te hace feliz. Este es el problema, y por eso es una aventura. ¿Cómo podemos, cada uno de nosotros, descubrir lo que nos hace felices para poder adherirnos a ello? Porque, ¿de qué me sirve adherirme, si no es para adherirme a lo que cumple mi vida? En cambio, tú puedes estar seguro de que existe aquello para lo que estás hecho, de que existe esa felicidad que deseas, porque en caso contrario ni siquiera tendrías el deseo. El hecho de que tengas este deseo es la prueba de que existe aquello a lo que aspiras. Es necesario caminar con atención en la vida para descubrirlo. Por eso don Giussani dice que el problema fundamental de la vida no es de inteligencia, sino de atención, porque como no es algo que construyamos nosotros, que alcancemos nosotros, sino algo que descubrimos, la cuestión es si estamos lo suficientemente atentos como para poder descubrirlo. Uno puede estar distraído y encontrar, cuando va a una fiesta a la que no tenía ganas de ir, a la chica decisiva para su vida. O puede participar en una actividad en donde encuentra algo que nunca había soñado y que le hace más feliz que

todos sus sueños. Este es el problema de la vida: si nosotros, justamente porque sabemos todo lo que el corazón desea, estamos atentos a los signos. Como decía un gran poeta español, Antonio Machado, que me gusta mucho: «¿Mi corazón se ha dormido? / No, mi corazón no duerme. / Está despierto, despierto. / Ni duerme ni sueña, mira, / los claros ojos abiertos, / señas lejanas y escucha / a orillas del gran silencio». Uno llega con toda su energía, con toda su razón, hasta la orilla del gran silencio; uno experimentado todo y se pregunta: pero, ¿dónde está la respuesta? Llega el Misterio. ¿Qué podemos hacer? Esperar signos lejanos, estar con los ojos abiertos esperando un signo que llegue de la otra orilla del gran silencio.

Leyendo el texto “La voz única del ideal”, me ha impresionado especialmente el tercer criterio: «La necesidad social, o mejor, la necesidad del mundo y de la comunidad cristiana». Al leer ese párrafo me he sobresaltado, y me he dicho: ¿cómo puedo yo, que tengo 19 años, comprender cuál es la necesidad del mundo? Es cierto que hay muchos problemas, pero yo no puedo responder a todos. Una compañera me ha contado que, después de hablar un día con su madrina, que es profesora de guardería, y que le contaba un suceso dramático que le había ocurrido en la guardería, había decidido estudiar también ella para ser profesora de guardería. Sin embargo, yo me decía: hay mil personas que me podrían contar su experiencia, y hay mil hechos dramáticos a los que responder. Citabas a Shakespeare: es justamente mi problema. Entonces mi pregunta es: ¿cómo puedo yo, con 19 años, comprender cuál es la necesidad del mundo? ¿Cuál es el método para responder a esta pregunta? ¿Puede el simple hecho de quedarme mirando llevarme de verdad a una respuesta definitiva?

Te voy a desafiar a lo grande: si partes de tu experiencia, ¿qué es lo que tú consideras más decisivo para ti, lo que tú consideras que es la necesidad más grande que tienes? Porque no debes imaginarlo, sino descubrirlo. ¿Qué es lo que percibes como más necesario para vivir?

Pienso en la situación política.

¿Esta es la necesidad más grande que tienes? Piénsalo bien. ¡Te reto!

Sí, es la que más me apremia.

La que más te apremia. ¿Te haría feliz que se resolviese la situación política?

Aparte de que es fruto del azar, porque hablar de política es un poco como hablar de...

¿Entonces?

¡Eh!

«¡Eh!». ¿Lo veis? ¿Veis cómo, en el momento en que empezáis a haceros las preguntas en serio, empezáis a verificar y a descubrir si la idea que tenéis de cuál es el problema fundamental es verdadera o no? Si sigues haciendo esto y verificas cada hipótesis que te viene a la cabeza, y luego la comparas con tu experiencia... Vuelvo a preguntar: si se resolviese la situación política, ¿estarías más contento, más feliz? ¿Sería suficiente para...?

No sería suficiente, pero sería un paso adelante.

Sería un paso adelante. Entonces, ¿qué puede cambiar la situación política? ¿Cómo puedes cambiarla?

Partiendo de las cosas pequeñas. Pienso en la escuela.

¿Y qué hace posible cambiar la escuela?

El hecho de que yo estoy ahí.

El hecho de que estás. Pero el hecho de que estés no es algo obvio, puedes estar presente o no estarlo. Puedes estar presente en lo que haces, en lo que vives, en lo que estudias, con tus compañeros; o puedes distraerte y estar ausente. ¿Qué hace que estés presente en lo que haces?

Si hay algo que me interesa y me apremia, entonces estoy presente.

Exacto. ¿Has descubierto algo que te haga estar cada vez más presente en lo que haces? Porque de este modo empiezas a hacer el camino que te permite ver todas las implicaciones de lo que has dicho al principio. Y empiezas a ver cuál es la verdadera necesidad que estás descubriendo. El método para responder no es tan inmediato. Lo digo no porque quiera cerrar ahora la cuestión; es como introducirnos en una capacidad de preguntarnos, de estar atentos a todos los factores que te permitan responder a tu deseo. Para cambiar la situación, también la política, ¿qué puedes hacer? ¿Qué debes estudiar? ¿Qué concepción tienes del hombre? Mira, por ejemplo, cómo hemos ido a ver al Papa; el Papa tiene presente más mundo que nosotros, ¿no? Reconoces en él una percepción más grande de la realidad que la que tienes con 19 años, ¿no? Entonces, quieres comprender la necesidad del mundo. Y él nos ha dicho que hoy en día el problema es la crisis de lo humano. Y añade que para resolver esta crisis no basta con hacer una ONG. Entonces tú empiezas a percibir sugerencias y te preguntas: ¿en qué consiste esta crisis de lo humano que hoy todos reconocen (hasta el punto de que se habla de emergencia educativa)? La gente está confundida, está perdida, no sabe por dónde comenzar. Entonces, ¿qué es lo que más necesita el mundo de hoy, si partes de lo que hemos escuchado al Papa la semana pasada? ¡Atención! No es que sea verdad porque lo dice el Papa, sino que el Papa, como observador agudo, reconoce de manera completa una percepción que todos tenemos. Entonces empiezas a darte cuenta de cuál es la verdadera necesidad, de cómo puedes responder a esto en un mundo cada vez más confuso (porque la situación política forma parte de la misma confusión, las últimas elecciones italianas nos lo han demostrado). Entonces empiezas a ver cuál es la verdadera necesidad que tiene la gente hoy; y te das cuenta de que nosotros mismos formamos parte de esta necesidad, porque también nosotros muchas veces estamos perdidos, confundidos o desorientados. ¿Cuál es nuestra mayor necesidad? Así, poco a poco, siguiendo este método, empiezas a acercarte, a identificar la necesidad. Para comprender la necesidad del mundo y de la Iglesia no necesitas un máster en Harvard. ¡Tienes un detector dentro de ti! Hace falta usarlo incansablemente, sin detenerse, de forma crítica, como criterio de juicio, ante cualquier hipótesis que se te ocurra; verás cómo empiezas a dar pasos. Pero, para hacer esto, hace falta que a uno le importe su persona, le importe la realidad, le importe el mundo, la necesidad de los hombres, le importe todo lo que somos. Y según vayas haciendo este camino, podrás ver que poco a poco todo esto se volverá más claro, y encontrarás cuál es la forma para llegar también a hacer política, si quieres, qué camino puedes recorrer (porque no es verdad que cualquiera, sin una preparación, pueda ofrecer una contribución verdadera a la política, como vemos en la situación actual: sin una preparación adecuada, algunos inventan las soluciones más inverosímiles). Empezarás a ver cuál es la verdadera necesidad y qué

hay que hacer. ¿Quién te sostiene en esta necesidad, en este camino? ¿Quién te permite recorrerlo? Y poco a poco vas percibiendo otras necesidades. ¿Me explico?

Sí.

Entonces, ¡ánimo! Además, si esto lo compartes con los amigos y empezáis a hablar sobre esto, verás que tienes más posibilidades de descubrir la necesidad de la sociedad de lo que te imaginabas. Pero hace falta comprometerse, y tú tienes la cabeza y el corazón para hacerlo.

¿Puedo hacer otra pregunta?

¡Por supuesto!

Cuando me has preguntado si resolver el problema político me satisfacía plenamente, he de responder que, en cierto sentido, no. Pero esto sería la respuesta a cualquier pregunta. Entonces, ¿qué hacemos, nos hacemos todos curas?

No. Mira, ¿Jesús tenía claro cuál era la necesidad del mundo?

Me imagino que sí.

Una idea por lo menos parece que tenía. Pues bien, ¿llamó a todos a hacerse curas?

No.

No. No es necesario que identifiquéis ahora un estado de vida preciso. Puede ser un camino, pero no es el único, dependerá de una serie de factores. Que es lo que dijimos en *La voz única del ideal*: inclinaciones, circunstancias, pasiones, necesidades del mundo, toda una serie de cosas que es necesario mirar juntos. El problema no es la idea de hacerse cura o no. El ideal es hacer aquello para lo que Dios me ha creado, y esto es lo que hace falta descubrir, ¿entiendes? ¿Por qué? Porque Dios te ha hecho con una serie de dones, de dotes, con el fin de que tú puedas colaborar para generar este mundo mejor que todos deseamos, para que la vida sea más humana, más adecuada al bienestar de los hombres; estos dones son para responder a la necesidad del mundo. Pero no quiere decir que la única modalidad sea esta, aunque no queda excluida.

Gracias.

Mi pregunta es esta: ¿por qué la virginidad es adentrarse en una posición más profunda y última de las cosas? La experiencia del matrimonio, ¿ocupa tal vez un segundo plano con respecto a la vocación del sacerdote o de los Memores Domini que viven la virginidad de esta forma?

Había empezado a responder ya a esta pregunta, pero retomémosla un momento. Una vez le preguntaron a don Giussani: si Dios es todo, ¿hace falta darle todo, por tanto hace falta ser cura, hace falta ser *Memores*? Su respuesta: «No. Lo que hace falta es hacer la voluntad de Dios», que es distinto. Es decir, la vocación no la decidimos nosotros, la vocación nos la da Dios, nosotros debemos estar atentos a los indicios a través de los cuales el Misterio nos habla, para descubrir a qué vocación nos llama el Señor, porque de este modo, respondiendo esta vocación, nosotros podremos alcanzar nuestra plenitud. Porque Dios no nos llama para fastidiarnos; nos llama para llevarnos a una plenitud de vida, que es también el modo con el que podemos colaborar por el bien del mundo. Por eso, la cuestión de la vocación – debemos tenerlo claro – es algo que decide Otro. Que lo decida Otro no hace de ello algo mecánico, casi como algo tiránico. ¡No! Simplemente te introduce en la vida ciertos deseos, ciertas dotes, te hace presentes

ciertas cosas en la vida, y tú ves que esa vida, para ser plenamente vivida, exige una respuesta de un cierto tipo, también como forma. Nadie puede percibir la vocación como algo que va contra él, sino como la plenitud de él mismo, a la que está llamado. Por eso, lo primero es quitarnos de la cabeza una imagen de la vocación concebida como un gesto tiránico que nos quita la vida; quien piensa así tiene la mentalidad de alguien que no ha conocido realmente a Cristo. Porque – ya sea grande o pequeña tu experiencia de Él – cuando Cristo ha entrado en tu vida, ¿te ha traído un plus o ha supuesto un menos?

Me ha traído un bien.

Un bien. Entonces, no puedes prescindir de esto y pensar que cuando te pide algo o te llama a algo sea por menos de este bien que tú has empezado a vislumbrar. En caso contrario, hacemos de Cristo una marioneta, una imaginación nuestra, y empezamos a imaginarlo en contraposición a la experiencia que hacemos de Él. En cambio, si experimentamos que cada vez que entra en nuestra vida es para un bien, entonces nos damos cuenta de que también cuando nos llama a realizar la vida de una forma o de otra es para un bien. A veces a uno le puede costar más, o puede coincidir más inmediatamente con lo que desea espontáneamente, pero esto es una cuestión secundaria. Por eso, lo que más nos apremia es estar atentos a la modalidad a través de la cual el Misterio nos ofrece signos – como hemos dicho hablando de la vocación –, para ver cuál es la modalidad a través de la cual el Misterio nos llama. Por eso, no existe una vocación de serie A y una vocación de serie B. Esto tenéis que eliminarlo de vuestro imaginario colectivo. Existe una vocación para cada uno, para ti, porque el Misterio te llama a una relación preferencial con Él a través de la modalidad con la que te aferra. ¿Me explico? En esto hay, como hemos visto, dos modalidades. Una es que Dios te llama poniéndote delante una persona que te atrae tanto que dices: «Esta es la persona que más me abre al Destino, que hace vibrar mi corazón porque relanza todo mi deseo de felicidad», y entonces esta persona forma parte de la modalidad con la que el Misterio te lleva al cumplimiento, a tu felicidad. La segunda es que el Misterio se te hace presente de forma tan poderosa, que dices: «No quiero perder esta totalidad», no porque alguien te quite algo querido, no, sino por una sobreabundancia. Uno no podría casarse si no fuera por una sobreabundancia en la relación afectiva; del mismo modo, uno no podría vivir la virginidad si no fuera por la sobreabundancia que introduce la presencia de Cristo en la vida. Y ambas vocaciones se sostienen mutuamente; ambas están llamadas a construir el reino de Dios. ¿Por qué? Porque el matrimonio contribuye a extender la vida, contribuye a ese designio de Dios para el que el Misterio ha hecho el mundo: hacer partícipes a los seres humanos de Su felicidad. Alguien que se casa participa de ese designio de Dios, que desde toda la eternidad estaba tan contento, tan alegre, tan feliz, como para decir: «No puedo guardarme esta felicidad para Mí, quiero crear seres con los que compartirla». Alguien que está llamado a la vocación del matrimonio genera personas que pueden participar de este designio de Dios de hacer felices a todos. Pero, ¿qué es lo que les hará felices? Sólo Aquel para el que el Misterio nos ha hecho: Cristo («Todo fue creado por Él y para Él»). Pero este Cristo, ¿existe? Sí. Entonces Dios mira a la comunidad cristiana y dice: «¿Sabéis cómo digo que Cristo existe y es todo? Elijiendo a personas que puedan testimoniarlo, gritarlo ante todos con

la forma de la virginidad». Cristo existe porque en caso contrario no sería posible darle la vida y estar contentos. Entonces se entiende que la razón por la que es justo traer hijos al mundo es porque existe Cristo. ¿Y cómo sé que existe Cristo? ¡Porque hay personas que lo testimonian incluso carnalmente! Hace muchos años leí un sondeo que me impresionó mucho. Una de las razones por las que la gente no tiene hijos es porque para traerlos a este mundo asqueroso, mejor no traerlos, para traerlos a un mundo sin sentido, sin significado... Entonces, la razón fundamental para poder tener un hijo, es estar seguros de que uno lo trae a un mundo en donde puede alcanzar la felicidad, es decir, un mundo en el que existe Aquel por el que el merece la pena haber nacido. Y esto es lo que testimonia una persona que está llamada a la virginidad. Por eso tiene esta función en el designio de Dios. Es algo precioso que uno pueda sentir la pasión que tiene por su novio o por su novia con vistas a la construcción de una familia, y que al mismo tiempo pueda estar agradecido a Dios por haber llamado a otros a testimoniarnos, por su mera existencia, que Cristo existe, incluso cuando no me acuerdo de ello, cuando no lo veo, incluso aunque este bloqueado, aunque me distraiga. Que Cristo existe, que aquello por lo que vale la pena traer un hijo al mundo, es decir, la felicidad, no es una quimera, no es un sueño, sino algo real, como me lo testimonian ciertas personas que tienen como finalidad de la vida gritar que Cristo existe, que aquello por lo que merece la pena nacer existe. ¿Entiendes? Son dos modalidades de colaborar con la finalidad de la historia que es el reino de Dios, aquello por lo que el Misterio ha creado todo, para poder compartir con los hombres la felicidad que Él vivía en el seno de la Trinidad, cuya fiesta celebramos mañana.

Bonfanti. Julián, lo que más me ha entusiasmado en esta hora de diálogo es justamente la lucha feroz que nos has hecho hacer entre una modalidad de someter la razón a la experiencia, a mi experiencia, y una forma de razonar como una mera conjetura sobre los pensamientos, sobre nuestras imaginaciones. Y esto me parece verdaderamente decisivo para mí. Fui a los Ejercicios para tratar de responder yo mismo a las preguntas. Y ver cómo me has corregido, cómo has respondido, es decisivo para nosotros, decisivo por el modo en que nos podemos ayudar, decisivo como camino para ser libres.

Carrón. Yo antes no sabía hacer esto, lo digo para animaros a aprenderlo. Por eso yo le decía siempre don Giussani, y lo he repetido muchas veces desde entonces: «Siempre te estaré agradecido, porque desde que te conozco he podido hacer un camino humano». Para mí un camino humano es esto: que uno pueda percibir las circunstancias como la posibilidad de aprender el camino, de aprender durante el camino, que pueda percibir que todo aquello de lo que uno hace experiencia le puede ayudar a aprender. No tiene que imaginárselo o separarse de la experiencia, el método que don Giussani nos ha propuesto es la experiencia. Y si uno acepta participar en esta aventura, a partir de la propia experiencia, él mismo tiene en la experiencia misma la confirmación de la razonabilidad de hacerlo. Porque muchas personas viven en el mundo, pero están confundidas. Uno de vosotros me escribía: «Un amigo me ha confesado que envidia la forma con la que nosotros, amigos educados en movimiento, nos ponemos delante de la realidad interrogándonos, dejándonos educar continuamente; soy perfectamente

consciente de esta gracia». Esto nos lo dice alguien “externo”: al mirarnos, le entra envidia. A veces el Señor nos permite conocer a un amigo que se da cuenta de la gracia que nosotros tenemos. La única cuestión es que podemos repetir simplemente de forma mecánica ciertas frases que nos decimos entre nosotros como si fuesen eslóganes, como si fuesen consignas, como repitiendo el vocabulario del movimiento, y sustituir la experiencia por esta repetición. Sería una equivocación total, porque esto no es seguir a don Giussani, como hemos dicho en los Ejercicios o en la carta que escribí después de Sínodo. Don Giussani nos dice qué quiere decir compartir la experiencia de otro, participar en la experiencia de otro que nos ha impresionado, al igual que yo deseaba, cuando miraba don Giussani, aprender la forma con la que él miraba, participar de su misma experiencia. Y poco a poco, si uno desea, si uno se compromete, si uno acepta participar de su experiencia, aprende. Esta es una de las cosas más preciosas que nos ha dejado, porque equivale a darnos “el” instrumento; no tenemos ninguna magia particular, no tenemos ninguna consigna; tenemos aquello con lo que el Misterio nos ha lanzado al mundo. Cuando pienso en ello me lleno de asombro. Verdaderamente, quien ha arriesgado más ha sido Dios, que nos ha lanzado al mundo con la confianza en nuestro detector (el corazón, la experiencia elemental, todo el deseo de plenitud que tenemos), para que nosotros pudiésemos comparar todo con él. Y si uno lo hace sistemáticamente, como decía don Giussani, se dará cuenta de que la experiencia nunca nos engaña. Nos ha ofrecido un instrumento para el camino, para mí fue decisivo en el encuentro con el movimiento. Y es posible para todos. Yo os invito a participar, no a repetir sin más las cosas, sino a identificarnos, a revivir la experiencia que veis en las personas que se acompañan. Gracias. Buen camino.